

# SINFONIA DE LA ERRANCIA

Segundo Movimiento:

## ADAGIO DE LOS VOCABLOS DISPERSOS

**F**

Que descienda

hasta el fondo del caos

la palabra

y logren confundirse

los significados

y todas las significaciones.

¿Qué es, después de todo, la palabra?

Una bailarina artrítica

ejecutando su danza en la pista de los escorpiones.

Como tercos hemos competido

con el pájaro que hace volar su melodía

sin importarle en absoluto los artificios retóricos

.

Pero en todo momento hemos perdido frente al pájaro.

Si el lucero de todas las noches

no guarda intenciones de mudar su parpadeo,

¿para qué retenerlo en la metódica disposición de la metáfora?

No lo retengamos más en la metódica disposición de la metáfora.

¿Por qué no hablar como el agua?

Qué bueno es hablar atropelladamente

como el agua.

Decir, por ejemplo:

Soy de noche en medio de la sospecha

porque largo rato estuvimos sin respiro

cuando las nubes se mostraron esquivas

al coqueteo del cetrero inesperado.

Unos pasos me siguen los pasos.

Una puerta me niega la entrada.

¿Qué importa si el girasol de los eclipses

se niega a responder por el rugido

y decide, en cambio, inclinarse a la idea del ocaso?

Blanco es el privilegio de los ríos inexplorados.

Si aún estas ahí,  
búscale sitio a tu sonrisa  
y bebe conmigo.

Bebamos en abundancia  
hasta agotar el párpado...  
Agotemos el mercurio escanciado en la sombra  
y entonemos canciones escritas en clave de bronce,  
pues por fin el ojo encontró lugar para la hortensia.

¿Por qué no calzar el escarpe como antaño?

Perdidos irremediablemente estaremos  
si dejamos de tener fe en el poder de las hormigas.

Ah, bella mujer...  
Bella como los crímenes perfectos.

Ah, bella mujer...  
Si pudieras sentir cómo tu mirada de aguja  
atravesara sin dificultad mi corazón desvencijado,  
detendrías al instante el ímpetu de los molinos  
y de todos los molineros.

Concédeme el gesto.

¿Por qué no calzar el escarpe como antaño?

Si fuéramos tras el rastro de la pólvora  
no habría disculpa para romper el encanto de las tardes.

Si aguardáramos,  
tendríamos que tejer una historia inverosímil  
para justificar el color del cansancio que nos agobia.

Pero si el celaje en la punta de las uñas  
señalara un abanico de incertidumbres,  
no bastaría con el adiós bajo la espera  
ni con creer en los oscuros invidentes  
que nos invitan a dar una vuelta por los desfiladeros.

Desconfía ciegamente de los ciegos.

No le prestes tu sonrisa a los poetas.

Guárdate para el orgullo esa carrera de hipocampo.

¿Por qué no calzar el escarpe como antaño?

.

Preferiblemente es creer que la tarántula enmudeció de pronto  
al comprender los argumentos del sacrilegio.

Olvídate de mí, olvido.

Apaga la sed en el cuenco de mis manos, deseo.

Qué bueno sería intimidar al árbol que trisca  
cuando pasan los coleópteros absortos,  
ya que sólo así podríamos eludir la embestida de los años bisiestos  
rechazando,

de paso,

la seducción de una idea no muy brillante.

Aplaudamos.

Aplaudamos hasta perder las uñas o la vergüenza  
y hagamos como si rasgáramos nuestras vestiduras,  
pues nubecillas de colores están pintarrajeando el colmillo  
que nos fue encomendado desde antes del tornado.

¿Por qué no calzar el escarpe como antaño?

Ojalá granizara en la tabla de los naufragos.

Qué bueno sería si hoy lloviera como ayer en el ala  
del sombrero.

¿Por qué no calzar el escarpe?

## G

Basta ya.

Ciérrese

definitivamente

la urna que guarda la idea domesticada.

Trastórnese

sin remedio

el significado de la palabra PALABRA

en la página 960 de mi diccionario.

Cierto es que soy eco apenas,

eco apenas de otro eco,

pequeño ruido reclamando la propiedad del balbuceo

a sabiendas de que ninguna novedad se registra

bajo el sol de este viernes propicio a los delitos.

¿Quién me señala con su índice?

Cierto es que voy cargando con mis contradicciones,

que reniego y acepto,

que rechazo pero no logro sacudirme los vocablos.

Cierto es.

Pero incomparable es la sensación de vértigo  
al decir CUCHILLO  
sin tener que enfundar su filo en el pecho de la iguana  
ni cruzarlo con placer en la cara de los nigromantes.

¿Pronunciar la M de la muerte  
es conjurar al homicida?

¿Mencionar la sogá en casa del ahorcado  
es hacer que la idea penda de un hilo?

Aún así,  
basta ya.

Que descienda  
hasta el fondo del caos  
la palabra.

H

Que si digo:

Es perfecto el atardecer  
para que soles color de naranja  
rueden por los techos,

la verdad sea que esté evocando el recuerdo de aquella anciana que cuidaba

murciélagos y arrullaba una muñeca sin cabeza mientras le azotaba el trasero a su majestad la cordura.

Que si escribo:

c

a

e

inevitablemente

el crepúsculo,

no sea el crepúsculo lo que en realidad me preocupe  
sino el destino final del último tragafuegos  
que estuvo de paso por mi pueblo.

Que si pienso:

nada pienso

y sin embargo existo,

tengas que abrir mi pecho y meter tu mano hasta la empuñadura  
para comprobar que no se vive en vano.

El juego consiste

en sospechar del taumaturgo,

dudar de los ilusionistas,

recelar abiertamente de los alquimistas,

desconfiar del carpintero de las ideas,

renegar del prestidigitador de las palabras,

alejarse del que hace tintinear las líricas monedas.



# I

No obstante,  
sin la luna eternamente aullada por los poetas,  
¿qué habría sido de los inlunados?

Sin los inlunados,  
¿qué gemirían los sensibleros?

Sin los sensibleros,  
¿qué cuerdas rasgarían los tañedores?

Sin los tañedores,  
¿qué habrían cantado los aedas?

Sin los aedas,  
¿en qué bola de cristal se apoyarían los augures?

Sin los augures,  
¿qué inventarían los consuetas?

Sin los consuetas,  
¿de qué se agarrarían los rapsodas?

Sin los rapsodas,  
¿de quién se mofarían los chacoteros?

Sin los chacoteros,  
¿de qué vivirían los saltimbanquis?

Sin los saltimbanquis,  
¿dónde ejercerían los quirománticos?

Sin los quirománticos,  
¿qué camino cogerían los cismontanos?

Sin los cismontanos,  
¿en dónde acamparían los señoleros?

Sin los señoleros,  
¿a qué le tirarían los trabucantes?

Sin los trabucantes,  
¿de qué zarzo bajarían los rabeleros?

Sin los rabeleros,  
¿con quiénes bailarían los reciaríos?

Sin los reciaríos,  
¿qué tan alto gritarían los acaberos?

Sin los acaberos,  
¿qué pitos tocarían los misacantos?

Sin los misacantos,  
¿qué golpes de pecho se darían los tundidores?

Sin los tundidores,  
¿con qué gozarían los rollones?

Sin los rollones,  
¿a quién corregirían los ristradores?

Sin los ristradores,  
¿a qué palo treparían los morichantes?

Sin los morichantes,  
¿qué imaginarían los mizcaleros?

Sin los mizcaleros,  
¿quiénes cargarían con los templistas?

Sin los templistas,  
¿a quiénes timarían los marradores?

Sin los marradores,  
sin los tramojanos,  
sin los manobreros,  
sin los estopistas,  
sin los guataleros,  
sin los peteristas,  
sin los huillones,

sin los tatoleros,  
sin los vedijosos,  
sin los pinaceros,  
sin los tonantes,  
sin los cabriolistas,  
sin los caveteros...

sin mí,

que soy taurómaco a la inversa,

¿qué sería de ti, Le-unam?

Basta ya.